

CUADERNOS DE HISTORIA 21

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2001



RECORDANDO A VÍCTOR GAZITÚA NAVARRETE (1922-2000)

Beatriz Meli Berti
Universidad de Chile

En el quehacer historiográfico hay una premisa que parece ineludible: toda mirada al pasado surge de la inquietud por el presente. En esta perspectiva, qué mejor ocasión para recordar al profesor Víctor Gazitúa Navarrete que el recientemente instaurado reconocimiento a la labor docente otorgado por nuestra Casa de Estudios a los académicos que se han destacado por la calidad de su entrega dentro y fuera de las aulas, contribuyendo así a un proceso educativo formativo y trascendente del estudiante. En cuanto a vocación, dedicación y espíritu de servicio, Víctor Gazitúa no solo habría cumplido con las exigencias fundamentales del profesor destacado, sino que las habría rebasado.

Su entrega dentro de la sala de clases fue total. Allí él estaba íntegro, invitando al alumno a participar del profundo caudal de sus conocimientos y poniendo toda su brillante inteligencia, emoción, afecto, sentido del humor, vuelo imaginativo y juicio rápido y certero al servicio de este objetivo. Cada uno de los estudiantes en esos multitudinarios cursos de Economía Política, Historia Medieval y Teoría de la Historia fue objeto de su personal atención y preocupación, y en las aulas desplegaba la misma pasión para explicar temas tan diversos como la letra de cambio, la conformación de los reinos germanocristianos y el espíritu de Hegel. Todos los que gozamos del privilegio de ser sus alumnos disfrutamos de su palabra amable, de su saludo siempre cordial,

de la frase estimulante que invitaba a la superación y de sus ruidosas exclamaciones de franco júbilo cuando dábamos señales de algún eco en nuestro espíritu. No había en él arrogancia ni afán de lucimiento personal. Tampoco observábamos un desdoblamiento de su personalidad o una puesta en escena dentro del aula. Víctor Gazitúa no enseñaba por una necesidad de hacer; lo hacía porque requería ser. El poeta alemán Schiller es quien mejor ha expresado esta característica del ser del alma noble, la que *cuenta con lo que es y no con lo que hace*.

Un párrafo aparte merece la forma cómo enfrentaba la ardua tarea de la evaluación. Tiempo y paciencia infinita confluían en su dedicación al estudiante en el momento de la calificación. Su método, sin duda complejo, engorroso y laborioso le aseguraba que su ponderación era adecuada y que no iba en desmedro del educando. En nuestra larga etapa de amistad que sucedió a la primera relación profesor-alumna y de la cual atesoro las memorias más recientes de Víctor, pude observar en una mezcla de admiración y asombro cómo corregía cada uno de los centenares de pruebas y trabajos de sus alumnos. Comenzaba aplicando el método paleográfico que le permitía ir descifrando paso a paso la no siempre legible caligrafía del estudiante. Luego procedía con ayuda de la hermenéutica y de la heurística a tratar de extraer el significado de lo que se quería decir. Solo allí se sentía en condiciones para empezar a calificar con las siglas CVE (Concepto Válidamente Emitido) a aquellas afirmaciones que respaldadas por los conocimientos suficientes le parecían pertinentes. A continuación enumeraba los CVE y contabilizaba el total, para luego consultar una tabla que había confeccionado a priori en función de lo que esperaba de las respuestas a las preguntas formuladas para cada evaluación. Agotado tras el largo proceso, se le veía sin embargo tranquilo: había llegado a una calificación conceptual y éticamente correcta. Este procedimiento, quizás anticuado a la luz de las modernas prácticas de evaluación, poseía la virtud del rigor y buscaba la equidad para cada uno de sus estudiantes.

Dos centros vitales se funden dentro del núcleo en torno al cual giró la actividad académica de Víctor Gazitúa, en sus últimos años de permanencia en la Universidad de Chile. Una larga labor de investigación culminó en sus *Estudios Galénicos* que quedaron sin publicar, y su labor docente se concentró en el campo de la Filosofía de la Historia y se materializó en los cursos de Teoría de la Historia que impartió en el Programa de Postgrado. Sus intereses tan diversos como la Medicina y la Filosofía nos dan cuenta de una sola y misma pasión por el conocimiento del hombre en su naturaleza biológica y en su dimensión espiritual e histórica. En el ámbito de la Filosofía de la Historia, en sus últimos cursos focalizó su análisis crítico en el pensamiento de Max

Scheler. Una obra particular del filósofo alemán, *El Santo, El Genio, El Héroe* mereció su especial atención y la teoría de los modelos de Scheler, su tipología y materialización histórica fueron motivo de su más honda reflexión.

En esta coyuntura temporal, en la que pasado, presente y futuro parecen fundirse en uno solo al tratar de recrear la imagen del profesor Víctor Gazitúa Navarrete, no puedo dejar de establecer algunas relaciones entre la búsqueda de la realización del ideal puro que construyó su norte y los arquetipos de Scheler. Decir que Víctor encarnó al santo, o al genio o al héroe sería una afirmación no válidamente emitida si nos atenemos a sus enseñanzas y una simplificación presuntuosa de la teoría de Scheler. Sería también, por último, caer en el panegírico que Víctor tanto detestaba. Pienso, parafraseando a Scheler, que el modelo yacía, operaba y transformaba en la profundidad del alma del maestro y que ante sus ojos existía una imagen de lo que debía ser: no podía estar plenamente tranquilo mientras no lo fuera. Mientras él buscaba comprender racionalmente cómo operaba el modelo, el modelo ya se había apoderado de él y le exigía modo de ser y una forma del alma que solo le permitían existir en el cumplimiento o culminación de sus actos. Su inquietud espiritual y corporal no eran sino expresión de ese esfuerzo interior por hacer de su ser, de su vida y de su obra una sola misma cosa. El ya había sido poseído por el modelo antes de que pudiera elegirlo.

En la prosecución de un valor espiritual, como es el conocimiento para Scheler, su ser, vida y obra no estuvieron exentos de tensión. Víctor requería de concentración en la soledad y en el silencio para pensar, escribir y corregir. Sus exiguos ingresos de profesor limitaban su espacio a un modesto y estrecho departamento, cuya austeridad rayaba en la pobreza. Sin embargo, ni los requisitos de su ser ni las limitaciones materiales fueron óbice para que en momentos de apremio acogiera sucesivamente a dos de sus seres más queridos que llegaron acompañados de niños pequeños e infantes a compartir con él su estrecha vivienda. Su otrora refugio de ermitaño se llenó de mamaderas y pañales, y su recogimiento se vio turbado por el llanto y ruido propio de los pequeños. A Víctor siempre le había costado producir de día, ya que era esencialmente noctámbulo, pero ahora debió sacrificar horas adicionales de sueño para cumplir con sus tareas académicas. No obstante, jamás se le oyó una queja o alguna expresión de fastidio. Al contrario, cuando se le preguntaba por los niños, su rostro parecía transfigurado en un halo de amor, bondad y regocijo.

Quisiera terminar señalando que el ejemplo del profesor Víctor Gazitúa Navarrete invita a una reflexión sobre el verdadero sentido de nuestra docencia en la actualidad y cabe preguntarse si frente a las exigencias cada vez mayores de productividad en los ámbitos de la investigación, extensión y

administración académica aún somos capaces de la entrega plena, desinteresada y honesta, en la que el rigor y el amor se combinan para darnos con todo el ser a cada uno de nuestros alumnos.